

El indiferente

David Córdova.

Universidad Autónoma de Chihuahua.

davidcordova@outlook.com

Las ciudades son lugares fascinantes. En sus calles se pierde una multitud de seres —no siempre humanos— que deambulan buscando que se les revele lo que no han obtenido en ningún otro lado. Todos están juntos, a veces a menos de unos centímetros de distancia y, para no darse cuenta de ello, se rozan, se sienten, se evitan, apenas se miran. Esos seres habitan en el vacío que llega a abrirse de improvisto, intentando no confundirse entre sí, no sabiendo que están unidos aunque no lo quieran. Y es que cuando se vive con otro millón de personas los individuos tienden a separarse, si no física, al menos mentalmente. Este distanciamiento facilita ver sus discrepancias y, principalmente, sus similitudes. Una marejada que hala granos de arena, todos diferentes, todos iguales, que no llegan a ningún lado y son constantemente arrastrados del abismo a la costa.

Resulta más fácil encontrar distintas cosas en las ciudades, y eso incluye a la gente. En sus ríos teñidos de gris y verticales campos de arcoíris el contraste no se hace esperar. En una esquina una pareja se besa sin miramientos, en un callejón alguien cae fulminado a causa de un infarto, una mujer observa con horror desde una banqueta cómo alguno evita una defensa de automóvil y alguien más, desde su casa, escucha tranquilamente los gritos de los vecinos con una sonrisa en la cara. Tales son las personas que habitan los pavimentados caudales de las urbes, pero si hay un ejemplar que sea interesante sobre los demás, ese es el indiferente. Ninguno, aun sean criminales o suicidas, es tan digno de análisis como él. Al indiferente no le importa lo que lo ha orillado a su situación, no intenta decodificar a su vecino ni percatarse si sigue siendo él mismo. Le basta con abandonar un día su morada, dar un par de pasos con las manos en los bolsillos de un viejo gabán descolorido y mantenerse cabizbajo mientras piensa en algo que pasa a ser otra cosa con el movimiento de sus pies.

Puede cruzar las calles sin prestar atención, salvarse sin saberlo y no inmutarse; continuar su camino, no sabiendo a dónde va y dejarlo en manos de la casualidad con la esperanza de

encontrar un descanso cuando reconozca el concreto que pisa. Los sonidos, olores y rostros que lo rodean no le importan, algunos llegan a distraerlo un momento, antes de que le recuerden algo más y se vuelva a perder en sus pensamientos. No nota al anciano infartado junto al que pasa, a la pareja que ya no se cohíbe unas calles para el norte (o el sur, porque no lo sabe) ni al borracho que con la gracia de un perro deja su marca en una luz mercurial. Tampoco recae en el panfleto amarillento que se mece desde hace quince años en ese poste y que clama por ayuda para encontrar a la muchachita Esperanza, esa que desapareció el día del atentado, ni en los dos hombres que le saltan enfrente gritándole: “¡Tumbate con el celular, morro!” y que se quedan inmóviles, sin saber muy bien qué hacer cuando él se pasa de largo sin levantar el rostro.

Puede, incluso, que no se dé cuenta de que él es ya una sombra, un eco de las bocinas y de las conversaciones que recorre el dédalo buscando algo que ha olvidado. Puede también que sepa que es la arena que recorre las olas o, lo más probable, puede que no piense en nada y que le resulte indiferente.